

## EL TEMA DE LA PRIMAVERA EN LA POESIA ARGENTINA

### ALGUNOS EJEMPLOS

¿Cuáles serán los primeros versos que en la poesía de la lengua, aluden a la llegada de la primavera? Estarán, tal vez, en algún rápido vistazo del Poema del Cid, cuando don Rodrigo Díaz de Vivar y la abnegada doña Jimena suben a las torres para contemplar a Valencia y solazarse con la visión del mar ven las frondosas huertas, en una mirada que marca la plenitud de la primavera, si no el despuntar del estío.

¿Cuáles serán los primeros versos que en la poesía argentina caracterizan su llegada? En Luis de Tejeda y en Córdoba, estarán, sin duda. Son versos gongorinos, donde la primavera aparece en su intensa coloración descriptiva, de la que recoge algunas notas otro gongorista, pero en el extremo de América: Sigüenza y Góngora en *Primavera indiana*. Es la primavera vital, la estación del cántico, el tiempo de juventud que corta el autor, cuando desea preservar a alguien de los dolores inevitables del mundo.

Después hay que esperar largo tiempo, naturalmente. No es Buenos Aires tierra de versos durante largos días. Apenas si la vida copia con perezosa prudencia la crónica igual de las horas triviales. Y no asoma la apología de la belleza del año ni en los versos de Lavardén ni en los de casi ningún rapsoda neoclásico. La descripción está en ellos ausente, porque su

dominio temático está exigido por urgencias muy diversas. Hay que conmemorar el triunfo de las armas. La poesía se constituye en auxiliar de la proclama, la acción exige el parte de guerra rimado. Y aun cuando el poeta se evade, o lo intenta tímidamente, del tema dominante, su tono no varía.

En la poesía que debía ser familiar, doméstica, queda siempre como una arrogante música de clarines. Un rumor lejano parece vencer toda melodía interior para imponerle su fuerza normativa. Hay que esperar otra vez, también para ello, la llegada de Echeverría. Este hombre callado y esquivo, que había visto crecer en Europa la llama romántica regresaba para traernos fundamentalmente una sola cosa: la renovación. Por ello, se aplicó con la medida de sus condiciones íntimas a cantar con nueva voz el gran paisaje inédito, pero al propio tiempo a señalar la continuidad del proceso histórico que exige justamente por una parte, reacción frente a todo lo que le precede y por la otra, solidaridad, en la necesaria sucesión. Echeverría vio, como ningún otro, esa doble faz de su generación, “la señalada por el dedo de Dios —según sus propias palabras que no evitan, ciertamente, la aliteración—, para realizar una gran empresa”. Y lo hizo poéticamente a su modo, como lo quería la Joven Argentina. La visión de la pampa de *La cautiva*, puede aliarse a otras menos notables, donde se advierte el acierto de la pintura descriptiva. Ninguno tal vez más destacable que el bello canto primero del poema *Avelaneda*, su despedida lírica. A la estrofa célebre:

Tierra de los naranjos y las flores  
de las selvas y pájaros cantores  
que el Inca poseyera, hermosa joya  
de su corona regia donde crece  
el camote y la rica chirimoya  
y el naranjero sin cesar florece  
entre bosques de mirtos y de aromas  
brindando al gusto sus doradas pomas.  
Donde el sacro laurel ambicionado  
galardón del poeta y del soldado,

al rayo desafia entre la nube  
a par del cedro que gallardo sube  
y el pacará que al viajador asombra  
cien jinetes cobija con su sombra.

Puede acompañar esta otra donde exalta, con la modesta  
pompa retórica la triunfante gracia de la estación feliz:

Después la primavera  
con su templado sol y sus rumores,  
su concierto de pájaros cantores  
a electrizar sus miembros adormidos  
llega y baña en lumbré sus sentidos  
y la virgen despierta  
de su sueño fugaz y se levanta  
radiante de alegría y de frescura  
de gracia y de hermosura  
y a engalanar empieza  
con corona de mirtos y arrayanes  
su espléndida cabeza  
y su seno con ramos de mil flores  
de distintos matices y colores  
y a perfumarse con esencias puras  
derramando por montes y llanuras  
de su eterna beldad los resplandores;  
hasta que el sol de la estación ardiente  
subir hace a su frente  
todo el intenso ardor, toda la vida  
que entre su seno immaculado anida  
revistiendo de pompa y de grandeza  
su joven y magnífica belleza.

Es la primavera que entra con timidez, sin olvidar del  
todo, la vocación escolar del neoclasicismo. Pero tiene nombre  
y en el comienzo de las literaturas, cuando se nombra, se crea.  
De allí, se pasa a la poesía intuitiva, firme con su explayada  
cadencia lírica de Mármol. La naturaleza asoma con otra sig-  
nificación, con una tensa plenitud que viene de dos cauces  
que se suman: Byron y Zorrilla. Se intercalan en ella, no sólo  
los elementos tradicionales: las flores, las fuentes, los ríos, si-

no la personalización común, hoy ingenua, del despertar de la juventud, acordada la culminación de la belleza natural. Así en el III de los *Cantos del Peregrino* :

Y derramó las rosas,  
las cristalinas fuentes,  
los bosques de azucenas  
de mirto y arrayán:  
las aves que la arrullan  
en melodía eterna  
y por su linde, ríos  
más anchos que la mar  
Naturaleza virgen  
hermosa, radiante,  
no emana sino vida  
y amor y brillantez  
donde cayó una gota  
del llanto de la aurora  
nace una flor y de ésta  
nace un jazmín después.

Para cobrar vigencia en la alusión convencional, cuya procedencia anaereóntica es tan visible:

Así como la niña  
de quince primaveras  
de gracia rebosando  
de virginal amor  
no bien recibe el soplo  
de enamorada aliento,  
cuando a su rostro brotan  
las rosas del pudor.

Es la primavera del trópico, la dibujada en la nostalgia de la proseripción, como el velo de un dolor que no cesa. Pero no insiste en ella la voz de Mármol, acuciada por otros temas; su canto se dirige a otras zonas, la imprecación, la ausencia de la patria, el recuerdo de Buenos Aires, como un águila cautiva y quedan como debilitados ante estos motivos obsesionantes los rápidos esbozos del tema. No insiste, tampoco, en él

la voz trémula de Florencio Balcarce. Aquel joven, “cuya muerte ensombreció toda una generación, no canta fervorosamente el tiempo melodioso. El, que murió en plena juventud, en plena primavera vital, pareció no querer participar líricamente del amanecer generoso de los días y sólo fugazmente en los circunstanciales versos que dedica al estreno de *Lanuza* asoma la referencia. Su poesía se ensombreció así tempranamente de otoño y hay que aguardar a la segunda generación romántica para encontrar versos que reciban el color de los días más luminosos del año. Quedan muchos sectores de poesía insalubre antes de llegar el poeta. El poeta es Rafael Obligado. Fue hombre de nostalgias. En su verso templado, fino, constantemente ceñido por una elegancia natural que tanto se parece a la desenvoltura expresiva, recibe reiteradamente la transparencia de los días de setiembre. Desde la fresca acuarela, cuyos colores tenues y ligera gracia despuntan desde las páginas de un libro de poemas, rescatando, ceremoniosamente, las horas de la infancia, su poesía se complace en evocar los días incomparables. Es buena amiga de la añoranza y lo demuestra. *En la ribera*, que es una de sus páginas más tersas, da una de las claves más significativas del tratamiento del tema en nuestra poesía: la asociación reiterada del paisaje y la contemplación del amor; la primavera como viva imagen de la amada. En versos de estancia lo dice con la limpidez que lo caracteriza permanentemente:

El año que tú faltas  
la flor de sus ceibos,  
como cansada de esperar tus sienes,  
cuelga sus ramos de carmín marchitos.

Por la tersa corriente  
risueños y furtivos  
como sueltas guirnaldas no navegan  
los verdes camalotes florecidos.

Sólo inclinan los sauces  
su ramaje sombrío  
y las aves, más tristes, en sus copas  
gimiendo tejen los ocultos nidos.

Pero llegas... y el agua,  
el bosque, el cielo mismo  
es como una explosión de mil colores,  
y el aire rompe en sonoros himnos.  
Así la primavera  
del trópico vecino,  
desciende, y canta, repartiendo flores  
y colgando en las vides sus racimos.

De esta glosa armoniosamente labrada del *Cantar de los Cantares*, se llega a los versos narrativos de *Un cuento de las olas*, donde la delicadeza de la exaltación de lo natural se expresa con la cauta intención didáctica que en Obligado subtiende constantemente la evocación lírica. El hogar del cardenal se ve así erguirse con el orgullo del propio esfuerzo, en el verde juncal, cerca del ceibo cuyas flores rojas le dan lujo-so pabellón. Esa alianza: pájaros, fronda, primavera, que como una fórmula se reitera en varios momentos de *Poesías*, aparece en *Los horneros*, para enmarcar el tiempo vital de la primavera, o sea, el instante del despuntar del amor, no sólo humano:

La dulce Primavera, que desdeña  
la estéril soledad  
y entre el alma del joven y la niña  
entreteje las flores del rosal.

Se cuida de nosotros, no de pájaros  
sin duda me dirás;  
pero así que la sienten los horneros  
¡también revuelcan con intenso afán!

Para volver a dár su tono, tal vez más depurado en ese óleo tenue que parece desprendido de una añorable novela inglesa de *Las quintas de mi tiempo*. Se revive el Buenos Ai-

res lejano, en la dulzura doméstica que el recuerdo afiligrana y torna más cálida :

Pródiga allí de sus mejores galas,  
prendía a las ventanas de una hermosa  
de mosqueta y jazmín, red olorosa  
que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños  
que agrupaba el pastor en los oteros,  
derramaban en flor, los durazneros  
una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera  
y en los verdes naranjos florecía,  
de sus maternas manos recibía  
su corona nupcial la primavera.

No hay versos semejantes, ni en la calidad lírica ni en la cantidad proporcional, puesto que Obligado publicó un solo libro en toda la poesía de su tiempo. Es una aventura sospechar que Almafuerte, exigido por temas y planos estéticos diversos, en su repudio permanente del color, en su voluntaria asepsia descriptiva, cantara la molicie sentimental del buen tiempo; apenas hay algo más en Andrade, que le reserva en *Las flores del guayacán* una fácil y rápida alusión, desprendida de esa leyenda indígena, que contiene algunas de las imágenes más leves de la poesía, sistemáticamente tonante del poeta entrerriano. De su vigor descriptivo, de su fuerza desigual y elocuente, se llega a la poesía que gusta internarse en la serenidad horaciana y se refleja en algunos clásicos españoles, de Guido y Spano. La primavera no se atreve, como en el título de aquellas novelas románticas de profuso consumo hasta hace algún tiempo, a decir su nombre, pero su presencia anima los elementos decorativos esenciales: las flores, los pájaros y logra dar, de pronto, como Obligado, pero más cerca de Anacreonte, un poema: *En los guindos*, un buen ejemplo de la asociación consabida: primavera despertar del amor. Pero en

unos y otros, un rasgo común se define: la primavera se asocia a un rincón plácido, a un canto, a una flor, pero al propio tiempo, queda indeterminada, en un plano de constante imprecisión. Echeverría lo admite al dar los fundamentos de la escuela: "El Romanticismo conoce como norma la necesidad innata en el hombre de manifestar sus sentimientos, la belleza que se guarda en su fondo. No es esencial, otra forma que aquélla que trasmite la continua evolución del género humano". Por ello, no se canta a *esta primavera* o a *una primavera* sino a *la primavera* y, salvadas las necesarias referencias otoñales e invernales, quizá menos todavía, a un solo tiempo, a una estación total, donde se proyecta la permanente desazón humana.

No es así, cuando nos internamos en el plano del modernismo. Como en el barroco, si lo consideramos tal, un nuevo barroco, la mirada humana se estremece ante las cosas de un modo distinto. Aun en el tono de Lugones, dotado como está de cierta impasibilidad parnasiana, se advierte un eco de fervores que no pueden ocultarse. La intimidad sentimental sólo entreabre sus puertas, porque Lugones parece un gran tímido dispuesto a resguardar la efusión natural afectiva y derivarla a un sector de pausa emotiva donde la gracia o el donaire o la arriesgada imagen o la nítida asociación imprevista desplazan a lo que pudo ser honda confidencia lírica, pero asombra la reiteración de su tema que es cuantitativamente considerado uno de los más intensos de su obra, a partir de *Los crepúsculos del jardín*. Un cuento poético titulado *El buque*, es la cabecera. *El libro fiel*, registra, por ejemplo, una suave agüada titulada Primavera. *El libro de los paisajes*, se pone desde el comienzo bajo la advocación de ella. Se trata de este delicioso poema: *El hermoso día*

Tan jovial está el prado  
y el azul tan sereno,  
que me he sentido bueno  
con todo lo creado.



El sol, desde el asomo,  
derramó por mi estancia  
el oro y la fragancia  
del polen del aroma.  
Sentimental, el asno  
rebuzna su morriña  
y, ayer, como una niña  
floreció ya el durazno.

Para proseguir con esta *Sonata primaveral*, que tiene un  
hondo eco de Schumann:

Oh, amiga que tan dulcemente amparas  
en tu suave amistad mi hosca fatiga  
purificando con tus manos claras  
mi oscuro corazón ¡oh, dulce amiga!  
Si no puedo decir lo que te amo  
¡oh, mi triste! perdona a mis amores  
y para ser piadosa con las flores  
no tardes mucho en desatar el ramo.  
Merece la bondad con que lo asistes  
cuando a ti se confía lastimero  
corazón que, tan sabio en cosas tristes  
sólo sabes decir: Cómo te quiero.  
Al amor de la tarde ya más rubia  
que algún suspiro a la pradera arranca  
te he presentado en tu batista blanca  
con un murmullo de ligera lluvia.  
(Encanto pastoril, jovial secreto  
que diluye en contornos más lejanos  
la blusa clara, el escaquin coqueto  
y la gentil capota con acianos)  
Así alcanza primicia venturosa  
de florecer en tu temprana cinta  
al mismo tiempo que la vieja quinta  
como un sueño de amor se aclara en rosa.  
Y una emoción más grave lo estremece  
al llenarlo de ti la primavera  
con ternura tan honda, que parece  
que va a llorar como si no supiera.  
Cada día que pasa está más cierto  
de ser más tuyo y de saber que lo amas

como se ve más cielo entre las ramas  
cuando se empieza a deshojar el huerto.  
(Serenidad azul que predestina  
a una gracia mejor por más discreta  
como entre la hojarasca de la encina  
se complace feliz la violeta)  
Corrió el año, y la nieve fue su engendro  
y nevó en mi, mas con candor tan leve  
y angelical, que de esa misma nieve  
mi alma se embelleció como el almendro.  
Y la sombra llegó, y la tierra en calma  
flotó en su seno, como nunca bella  
y yo me iba tranquilo con tu alma  
como se va la noche con su estrella.  
Lejos de la extensión oscurecida  
marchamos ya sin pesadumbre alguna,  
y nuestras sombras alargó la luna  
sobre un prado ulterior de la otra vida.  
(Soledad del amor, claro desvelo  
de rocío y de luz, susurro vago  
de almas que tiemblan próximas al cielo  
como ramas oscuras sobre un lago).  
Mulló su arena pálida el olvido  
y allá en la orilla azul de la mañana  
nuevamente cantó la alondra ufana  
y el duraznero amaneció florido.  
Oh, amiga que tan suavemente curas  
el encono del cardo y de la ortiga  
apaciguando con tus manos puras  
mi torvo corazón ¡oh, suave amiga!  
En la campestre exhalación del heno  
un sabor de buen pan la vida cobra  
y con los ojos que alza de la obra  
bebe la fuerza del azul sereno.  
Hincháse el alma audaz como una vela;  
el mundo, como un yunque, está sonoro  
y en el campo que el cielo nivela  
la luz deshoja su retama de oro.  
Tras las huellas azules de tu planta,  
el deseo se humilla más hurraño,  
y como el mirlo oculto en el castaño  
mi corazón su soledad te canta.

Cruza los aires un arrullo agreste,  
el orbe está magnífico y desierto,  
y contigo es la claridad celeste  
que te alborozas como a un lirio abierto.  
Así con esa plácida alegría  
que en abrumado azul mi ser dilata  
compuse esta sonata, una sonata  
simple y cordial "cuasi una melodía".

Se advierte en este poema, algunos de cuyos versos son los más hermosos que escribió Lugones, pasajeras caídas en el prosaísmo y la reiteración de fórmulas expresivas, pero su validez fundamental está en la visión de la primavera, no desde la adolescencia, sino desde la madurez del amor colmado. El mundo sentimental no queda naturalmente a la intemperie, por que Lugones se cuida siempre de entregar totalmente su intimidad, pero la incomunicación afectiva que tanto se le reprocha, tiene en este poema y en algún otro de *El libro fiel*, su réplica sagaz. Con todo, el sentido profundo de la estación está dado mejor en los poemas breves, no tanto en *Emoción primaveral*, apresada en el despertar de sus rumores: el zumbido del insecto en el algarrobo, el alborozo del balde en el brocal o el cloqueo de la pintada; sí en *Soplo primaveral*, que repite una adjetivación sistematizada en Lugones y una disposición nominal también reiterativa, favorecida por la estructura del dístico:

Sobre los campos yermos, una temperie leda  
dilata ya un perfume vago de vieja seda.  
Los durazneros donde tiritan aun las rachas  
adoptan el sencillo rosa de las muchachas.  
En los cardos tenaces posa el rocío perlas  
y vale la pena tratar de recogerlas.  
Cobra de nuevo un claro sentido la laguna,  
y en su plata sin cuño se amoneda la luna.  
Conmueven ya la quinta misteriosos engendros  
y de blancos, parecen ángeles los almendros.

Y en este, el más vivaz, el más jovial de los que ubican el tema :

*El primer vuelo*

Bajo el alero de las golondrinas  
¡qué afán parlero, qué inquietud cercana  
divulgan nuestras gárrulas vecinas!  
¡Cuánto prolonga su emoción ufana  
la tarde que sonrosa las colinas!  
¡Qué audaces curvas ante la ventana!  
¡Qué celeste embriaguez! . . .Es que mañana  
van a volar las nuevas golondrinas.

Ese eufónico juego : *ana-ina*, con el que se complace repetidamente Lugones reaparece con su fresca tonalidad de campanil, en otro poema breve de la sección *Paisajes* :

En el jagüel más trémulo la rana  
repercute sus teclas cristalinas.  
La noche, por detrás de las colinas  
su ala de torvo azul tiende cercana.  
No acaban de decir : hasta mañana,  
locas de inmesidad, las golondrinas.

Y en otro aún :

*La noche pura*

Floreció, con la lluvia, en los jardines  
el cándido jazmín de primavera.  
La noche, cual profunda enredadera,  
cuaja también en luz claros jazmines.

Se corrobora así el dominio de la impresión rápida, en el cuadro sintético, con algo de la esencia densamente obtenida en la poesía oriental, que Lugones vio sobre todo al través del mexicano Tablada, en ellos obtiene sus mejores aciertos de riqueza metafórica, de facilidad de imágenes, la clara articulación lírica, que parece espontánea, aunque requiere castigo

constante del estilo. La primavera es la mirada del sol en el mundo, la tranquilidad del cielo, la presencia del espino, el canto del jilguero en la mañana, la hierba que se colora, el alma mística de la menta que se difunde en el aire, como un buen pensamiento. A esa plenitud estelar de la primavera en *El libro de los paisajes*, corresponde en *Las horas doradas*, avizorada, desde el otoño de la madurez, la exaltación del invierno. Es una continuidad apuntada en algún momento del libro:

La temprana flor del cerezo  
que se mezcla a la última nieve.

Las loas a la Primavera, también se alojan en la lírica exaltación, pero hay en ellas la refrenada pesadumbre, el anticipo grave y pensativo de la soledad, el irremediable "carpe diem" horaciano que acecha. No en *Junto al lago*, buen ejemplo de esa trasposición pictórica, conque el parnasiano vigilante que hay en Lugones se ejercita siempre:

Pinta el cisne más donaire,  
flota el cielo más azul  
lenta cruza por el aire  
la borra del abedul.  
El sol como un perro manso  
se ha tendido a nuestros pies,  
la honda quietud del remanso  
detalla un quiosco al revés.  
Su silencio el bosque agranda  
y allá en el mismo son  
late la tórtola blanda  
y arrulla tu corazón.

Pero sí, en *Las glicinas* o en esa cuota poética de la donosa vivacidad de *Muchachas de octubre*, que es *El chaparrón*, y acuña todavía, una medalla lírica, donde la virtud del canto lugoniano, su fuerza expresiva, su rápida asociación logra plena, captar el paisaje, que puede aparecer alterado por la reminiscencia literaria, pero que no llega a lo convencional: *Serenidad*.

El mundo reposa conforme.  
Domina en el cielo profundo  
un álamo verde y enorme.  
Y como ante un misterio profundo  
descansa en la mano la frente  
Contempla el azul hondamente  
la eterna belleza del mundo.

No hay en el *Romancero*, notas similares. Domina en todo el libro, que se vincula, desde el título a Heine, cierto oficio poético, el triunfo de la artesanía retórica frente a la efusión lírica. Tal vez, sea *La palmera*, con su fácil asociación islámica, uno de los pocos momentos donde la visión sentimental se reintegra a sus instantes felices, pero en general hay en todas las *Romanzas a Vanna*, variado despliegue retórico, que si no alcanza a ser dureza, es porque el dominio permanente de Lugones del material expresivo, le permite avizorar constantes aciertos poemáticos. Si el amor puede transformarse en el pájaro que vuelve al anochecer, en la feliz glosa trovadoresca, él visita muchas veces el libro, donde parece proyectarse temática y estilísticamente, la materia de *Los crepúsculos del jardín* y aun de *El libro fiel*, su complemento necesario. Finaliza en él la visión de los días primaverales, en su matizada polifonía. *Poemas solariegos* y *Romances del Río Seco*, aparecen conquistados por otros temas de rapsodia. Detenernos en ellos sería ya desbordada imprudencia. Pero tal vez, corresponda decir que Lugones es el poeta argentino que ofrece mayor variedad de ejemplos de la fórmula primavera-amor, que planteábamos como característica del tema. La parte de nostalgia que en ella incide es más visible en Capdevila, en un buen poema: *Canción del brote primaveral de La fiesta del mundo*:

Nunca pienses: Qué importa que brote  
la rama dorada.  
No vendrá por eso con la primavera  
la amada.

Nadie puede afirmar, ni el más solo  
que yendo por lenta vereda de olvido  
no retorne el amor una tarde  
a la sombra de un árbol florido.

Como aparece, con la fugacidad de la vida que no se detiene un instante, en el ejemplar soneto de *La urna* de Enrique Banchs, que parece asociarse y no de modo accidental, al verso de Petrarca: "La vita fugge e non s'arresta una ora".

Todo esto es bueno y tiene misteriosa  
gracia y alrededor todo es dulzura  
y rebosa alegría cual rebosa  
la penumbrosa pérgola frescura.  
Como es su deber mágico dan flores  
los árboles. El sol en los tejados  
y en las ventanas brilla. Ruiseñores  
quieren decir que están enamorados.  
¡Dios mío, todo está como antes era!  
Se va el invierno, viene primavera  
y todos son felices y la vida  
pasa en silencio, amada y bendecida,  
nada dice que no, nada, jamás.  
Pero yo sé que no la veré más.

El poeta pudo decir en el *Elogio de los ojos asombrados* de *El libro de los elogios*, que el despertar ante las cosas del mundo en la mirada infantil merece compararse al despertar de la primavera, en los ojos asombrados del hombre, pero los versos de este soneto proceden de la desesperanza.

Más incisiva, más variada es la persistencia del tema en Alfonsina Storni. Por lo que acabamos de saber el motivo de la primavera, es de los primeros cronológicamente considerado, en su obra. Hace cincuenta años el 22 de setiembre de 1911, a las cinco de la tarde, según dice, puntualmente, el autógrafa que nos ofrece la generosa hidalguía de don Alejandro Stor-

ni, escribió este poema fechado cinco años antes de la publicación de su primer libro, y que no fue incluido en él:

Las hojas de los árboles cayendo suavemente  
los pájaros buscando su nido a la oración,  
murmurios de las aguas que ruedan lentamente  
indican la grandeza de toda la creación.  
El sol rasgando el velo de nubes nacaradas  
echando sobre el mundo su luz esplendorosa,  
el agua con rugidos cayendo en las cascadas  
son signos evidentes de una creación grandiosa.  
Las flores exhalando perfumes por doquiera,  
el campo tamizado de pasto y de verdura,  
los árboles creciendo del río en la ribera,  
son himnos que levanta la mágica natura.

Están escritos en un tomo del Archivo de Mitre, publicado por la *Biblioteca de La Nación*, obsequio del señor Arguimbau a Alfonsina y los ofrecemos como una muestra vacilante en la forma, pero diáfana y significativa de algunos aspectos temáticos. Tres alternan en su obra todo: el amor, la muerte y el mar y en ellos, particularmente, entre los dos primeros, la alegoría de las rosas. Desde *La inquietud del rosal*, libro inicial, a nuestro modo de ver, injustamente repudiado por la autora, lo define el primer poema:

Fijaos en las rosas que caen del rosal!  
¡Tantas son que la planta morirá de ese mal!

Para confirmarlo en esta primavera trágica que tiene el carácter de una profecía, donde se trasfunden todos los desencuentros:

No tienes tú la culpa si en tus manos  
mi amor se deshojó como una rosa.  
Vendrá la primavera y habrá flores.  
El tronco seco dará nuevas hojas.  
Las lágrimas vertidas se harán perlas



de un collar nuevo; romperá la sombra  
un sol precioso que dará a las venas  
la savia fresca, loca y bullidora.  
Tú seguirás tu ruta; yo la mía  
y ambos libertos, como mariposas  
perderemos el polen de las alas  
y hallaremos más polen en la flora.  
Las palabras se secan como ríos  
y los besos se secan como rosas  
pero por cada muerte siete vidas  
buscan los labios demandando aurora.  
¿Mas lo que fue? ¡Jamás se recupera!  
Y toda primavera que se esboza  
es un cadáver más que adquiere vida  
y es un capullo más que se deshoja!

Porque aunque en *El dulce daño*, la visión se torna más clara en el poema *Primavera*, el sortilegio extraño que de ella nace retorna a signar en *Luna llena*, la frente seleccionada para el dolor:

¡Ay, nunca más sobre mi frente rosas.  
Ni aquella fresca voz de musgo y tierra  
que hace sonar la campanilla de oro  
a cuyos toques danza Primavera,

Porque cada poema es una confidencia. Creemos que pocas páginas son tan ardidamente confidenciales, entendida la confidencia también como categoría estética, como las que sirven de pórtico a *Irremediablemente*. No se refieren a la primavera, pero nos resistimos a callarlas, porque tienen tan desnuda condición autobiográfica, que bien puede llamarse su carta poética definitiva, su mensaje esencial:

#### *Este libro*

Me vienen estas cosas del fondo de la vida:  
acumulado estaba, yo me vuelvo reflejo...  
Agua continuamente cambiada y removida,  
así como las cosas, es mudable el espejo.

Momentos de la vida aprisionó mi pluma,  
momentos de la vida que se fugaron luego,  
momentos que tuvieron la violencia del fuego  
o fueron más livianos que los copos de espuma.  
En todos los momentos donde mi ser estuvo,  
en todo eso que cambia, en todo eso que muda,  
en toda la sustancia que el espejo retuvo,  
sin ropajes, el alma está limpia y desnuda.  
Yo no estoy y estoy siempre en mis versos, viajero.  
Pero puedes hallarme si por el libro avanzas  
dejando en los umbrales tus fieles y balanzas.  
Requieren mis jardines piedad de jardinero.

La incertidumbre era su condición constante y dos tercetos la definen en *Alma desnuda*:

Alma, que cuando está en la primavera  
dice al invierno que demora: vuelve.  
Caiga tu nieve sobre la pradera.  
Alma que cuando nieva se disuelve  
en tristezas, clamando por las rosas  
con que la primavera nos envuelve.

Y la primavera aparece así, flanqueada inexorablemente por la muerte:

*Silencio*

Será una tarde llena de dulzuras celestes  
con pájaros que callan, con tréboles agrestes.  
La primavera rosa como un labio de infante  
entrará por las puertas con su aliento fragante.  
La primavera rosa me pondrá en las mejillas  
¡la primavera rosa! dos rosas amarillas.

Por ello, ese poema conduce necesariamente al titulado *Melancolía*:

Oh, muerte, yo te amo, pero te adoro, vida...  
Cuando vaya en mi caja para siempre dormida  
haz, que por vez postrera  
penetre mis pupilas el sol de primavera.

La bipolaridad: primavera-imán de la pasión, primavera-rechazo de la pasión, se da en el poema siguiente:

*Fiero amor*

Oh, fiero amor, llegaste como la mariposa...  
y en Ayme, demasiado hierática ya la imagen:  
Y era la primavera y eras bueno

Porque de todos modos la ha señalado el desengaño del amor, que sólo puede ser confianza:

Oh, cuando te ofrecí el corazón en aquella primavera, era un dulce racimo no tocado el corazón. Ya otros los granos han probado del racimo inocente...

*Languidez*, junto con *Irremediablemente y Ocre*, son sus tres libros, donde es más abundante la alusión primaveral. En la *casa*, titulada, con un dejo de ironía: *Sonata romántica*, la caracterización es esquemática y precisa:

Circundada por selvas, bajo el cielo siempre azulado, nuestra casa era algo como el plumón y el terciopelo un tibio corazón de primavera.

Abriste una ventana; allá lejano plateaba el río y el silencio era dulce y enorme, y era primavera y se movía el río sobre el llano.

Para volver, *En una primavera*, a este coloquio que sospechamos tremendamente auténtico, donde parece advertirse el nombre del interlocutor cuya semejanza con los datos del poema, no es, precisamente, mera analogía:

¡Dónde estará el amigo, que me dijo acariciando su nevada barba:  
Pequeña de ojos claros, ten cuidado.  
Tu corazón ampara.

Las primaveras al marcharse dejan  
las lloviznas de otoño preparadas...  
Pequeña, ve despacio, mucho juicio,  
no te quemem tus llamas.  
Estaba yo a sus pies humildemente  
humildemente y toda yo temblaba.  
¡Cómo cantan los pájaros, le dije!  
¡Cómo es de fresca el agua!  
Sobre mi frente, espejo de tormentas,  
se detuvieron sus dos manos mansas,  
se inclinó sobre mí con un susurro:  
¡Pobrecita muchacha!

La primavera es el amor, el asombro, la moneda que se entrega a cada sentido, lo dice el poema *Languidez*, lo reiteran con modo diferente: *Han venido*, al que no falta la ternura del cuadro familiar, que la soledad de Alfonsina convoca asiduamente, la ironía también frecuente y el bello efecto, como final de escena, de la ingenua sorpresa fraternal;

Hoy han venido a verme  
mi madre y mis hermanas.  
Hace tiempo que yo estaba sola  
con mis versos, mi orgullo, casi nada.  
Mi hermana, la más grande, está crecida  
es rubiecita, por sus ojos pasa  
el primer sueño. Ha dicho a la pequeña:  
La vida es dulce. Todo mal acaba.  
Mi madre ha sonreído como suelen  
aquéllos que conocen bien las almas;  
ha puesto sus dos manos en mis hombros  
me ha mirado muy fijo...  
y han saltado mis lágrimas.  
Hemos comido juntas en la pieza  
más tibia de la casa  
Cielo primaveral... para mirarlo  
fueron abiertas todas las ventanas  
y mientras conversábamos tranquilas  
de tantas cosas viejas y olvidadas,  
mi hermana, la menor, ha interrumpido:  
Las golondrinas pasan...

Y en este otro momento, donde la comprensión honda de Alfonsina hacia los niños, uno de los sentimientos más nítidos de su obra, se expresa con notable fluencia sentimental:

*Rosales de suburbio*

Claro, como llegó la primavera  
sobre las pobres casas  
de latas y maderas  
de los suburbios, buen rosal que trepas  
te has cubierto de rosas.  
Si tú fueras  
como los hombres, oh rosal, sin duda  
como ellos prefirieras  
para bien florecer las ricas casas,  
las paredes lujosas y desiertas,  
dejaras las paredes de los pobres  
pero no eres así.  
La dulce tierra  
te basta en cualquier parte y te es lo mismo  
para tu suerte. Acaso, tú prefieras  
las modestas casuchas donde luces  
mejor, enredadera  
único adorno que no cuesta nada...  
(El agua, buenas rosas, todavía  
se baja de los cielos sin gabelas)  
En las bellas mañanas cuando miras  
las ventanas abiertas  
tus brazos verdes y jugosos, buscan  
el espacio sin vidrios, y penetran  
al interior del cuarto: ¡Buenos días!  
Tus corolas intentan  
decir con los rosados labiezuelos  
a la modesta pieza.  
Luego, si muy risueño  
se te acerca  
el niño sucio de azulados ojos  
y carnes prietas,  
te haces el que no entiendes y miras, y le sueltas  
con mucho disimulo  
como quien no quisiera

sobre sus rizos de oro, una corola  
sabiamente deshecha.  
El niño entonces, de suburbio luce  
en la rubia cabeza  
la corona divina. No la siente  
porque nada le pesa  
y como un Eros, harapos, canta  
y corriendo se aleja.

La primavera despunta todavía, pero con máscara de muerte. Una muerte no apacible sino envuelta en el tumulto del agua y la borrasca en la visionaria descripción de *Un cementerio que mira al mar*. El poema es desigual y tiene una dureza que, por momentos, lo aridece; la primavera es menos que una presencia, apenas es un recuerdo. En ella, “el viento suavemente, desde la barca que allá lejos pasa, trae (a los muertos) risas de mujeres”. Por eso en *Ocre*, el libro que más estimaba dentro del plano de su evolución poética, la primavera es una reminiscencia. Es más, casi no hay primavera en él sino la profunda sensación del otoño, y el título responde bien a los tonos de ese valor. Los colores bruñidos del otoño, el lento paso de la tristeza que avanza para internarse en el mundo que fue después trágico en la casi misantropía, definen muchos instantes de este libro. Ya no se siente protagonista en el mundo que vive, sino sólo espectadora comprensiva, pero desoladamente eséptica. Por ello pudo decir en:

#### *Un recuerdo*

Recuerdo el dulce tiempo de sierras cordobesas  
pasado con el alma sin un solo deseo  
vagando entre las matas de menta y de poleo  
los cielos deslumbrantes, los días sin sorpresas.  
Oh, el poblado espinillo de voluptuoso olor!  
De noche, en las hamacas, los grupos familiares  
mirábamos los gruesos racimos estelares  
sonaba adentro un tango y se hablaba de amor.  
Eramos todos jóvenes y muchos eran bellos  
Las sierras simulaban jorobas de camellos

y, a su vera del brazo, por la senda oportuna  
volviamos cantando en una sola hilera  
al caer de la tarde. Y era la primavera  
y se asomaba a vernos el disco de la luna.

Es explicable que en este libro donde Alfonsina trabaja todos los elementos en una más rigurosa función estética, no rija el azar en la evocación a Darío, ese poeta que sepulta la incomprensión de los jóvenes, al reconocer que regresa a él como al

Amante al que se vuelve como la vez primera  
eres la boca dulce que allá, en la primavera  
nos licuara en las venas todo un bosque de rosas.

Y como la vida le ha puesto en los labios todas las palabras del desencanto, puede presenciar en septiembre, frente al duraznero florecido, a la madre que amamanta a su hijo, como otro ejercicio del recuerdo (*Ternura*) o volver en *Parque*, cuando de los árboles bajan los zumos de la primavera a contemplar todo lo que cavó el desencanto. Ese espíritu queda resumido en un poema: *Dolor*, donde el mar que es el símbolo de la vida perdurable parece llamarla a un destino terrible:

Quisiera esta tarde divina de octubre  
pasear por la orilla lejana del mar  
que la arena de oro y las aguas verdes  
y los cielos puros me vieran pasar.  
Ser alta soberbia, perfecta, quisiera  
como una romana, para concordar,  
con las grandes olas y las rocas muertas  
y las anchas playas que ciñen el mar.  
Con el paso lento y los ojos fríos  
y la boca muda dejarme llevar;  
ver cómo se rompen las olas azules  
contra los granitos y no parpadear.  
Ver cómo las aves rapaces se comen  
los peces pequeños y no despertar,  
pensar que pudieran las frágiles barcas  
hundirse en las aguas y no suspirar;

ver que se adelanta, la garganta al aire  
el hombre más bello, no desear amar.  
Perder la mirada distraídamente  
perderla, y que nunca la vuelva a encontrar  
y figura erguida, entre cielo y playa  
sentirme el olvido perenne del mar.

Con él, cierra su cielo la primavera, pues no hay en los dos libros siguientes, tan valiosos dentro de otro plano, poemas semejantes. Hay paisajes pero la alusión temporal, está constantemente ausente, como si ya todo hubiera entrado en un solo tiempo de angustia. La primavera es inútil, como cantó en un poema lejano, no incluido en volumen alguno, porque su dolor la lleva cada vez más lejos del tiempo, a una zona ácida, indoblegablemente tributaria del desaliento. Muchas otras voces cantan en esta generación a la primavera. Hay bellos versos en Fernández Moreno, en Horacio Rega Molina, desde la celebrada estrofa de *El árbol fragante*:

Las golondrinas vuelan bajo el cielo  
y hacen triunfar por sobre la pradera,  
en el alado triángulo del vuelo  
la geometría de la primavera.

En Bufano, en el dinámico cuadro de *Primavera en la Montaña*:

Brillan las moreras y los carolinos,  
se hinchon los sarmientos de las viñas prietas  
y hay en los caminos  
y en las ríspidas sierras violetas  
una oculta alegría pagana  
que es oro en la tarde y oro en la mañana.  
Cantan los senderos, cantan los pinares,  
cantan los chañares y albaricoqueros  
y los durazneros y los olivares  
y los azahares de los limoneros.  
De limpios verdores se cubren las parras  
del huerto querido. La siesta  
ya afina su orquesta



de agudos zorzales y roncadas chicharras.  
Mi verso se viste de pámpano y pino ,  
se lleva a los labios su rama de higuera  
y se va por el pardo camino  
danzando la danza de la primavera.

De Luis Cané, cuya obra es una permanente estudiantina y donde por serlo resuena constantemente la música del día primaveral o su caracterización pictórica:

De pronto, comenzaron a alumbrar  
el peral blanco y el durazno rosa.  
La glicina extendió su generosa  
luz morada en el cereo familiar

O en las barrocas estrofas de Marechal:

En la secreta dársena de flores  
y a la hora en que baila todavía  
la Venus mañanera, o entre albores  
abre su huevo de paloma el día,  
despiertos ya los mástiles cantores,  
rumbo, timón y proa en armonía,  
tascando el ancla, si no el freno espera  
la briosa nave de la Primavera.

Y en Molinari, en Bernárdez, en Amado Villar, en Carpena, en Tiempo, en quien la primavera se torna presencia amada, revelación del amor:

Su advenimiento fue un temblor del aire,  
nadie la vio ni la anunciaron broncees,  
pero mis ojos la reconocieron  
Dios me la ha dado! Guay del que la toque!

También hubo un poeta sereno que reservó para ella, quizás el enfoque más selecto de su poesía depurada, tenuemente velada por la nostalgia, semejante en su tono, en su plasticidad y en su recogimiento a las imágenes de un libro de horas.

Fue en la poesía de López Merino, y de un espíritu semejante Hernán Gómez hoy casi olvidado, a no ser por la palabra fraterna del amigo que la convoca, como la de Samuel Glusberg, por ejemplo, donde la poesía toma la gracia leve, el gesto estático, la intensa pulsación melódica de una balada del norte, reiterada en una ciudad del sur, por el ademán de la poesía:

*Versos a la calle de mi novia*

Vives en una calle donde es siempre domingo,  
por esta calle única se derrama setiembre  
con sus campanas lentas, su aroma de glicinas  
y su tristeza casi alegre.  
Un angel invisible limpia la luz del aire,  
la luz eternamente fácil que te contiene.  
En sus cielos pacíficos una tarde sin nombre  
se ha detenido para siempre.  
Tal vez por esta calle llegara hasta tu infancia  
seto de lilas, libro de oraciones celestes,  
agua de primavera tu nombre y senda clara  
que conduce a una calle donde es domingo siempre.

Y al cerrar esta ligera visión de algunos ejemplos que sobre el tema registra nuestra poesía, sin agotar camino alguno, antes bien prevenido por las palabras del humorista inglés, quien quiera agotar un tema sólo logra agotar el interés de sus oyentes, debemos confirmar nuestra creencia de que probablemente no haya un solo poeta que, expresa o tácitamente, haya dejado de invocar a la primavera en su poesía. Por que lo sentimos así, elegimos este ejemplo de otro selecto espíritu como el de López Merino, arrancado también como él en la alta primavera de la vida, que nos dice desde el sereno nivel de su permanecer, su canción de adiós: *Isla lejana*, de Ana María Chouhy Aguirre.

Isla lejana, donde siempre anduve  
sin llegar nunca y sin partir apenas,  
mi sangre iba corriendo en otras venas,  
savia de encina y sal que nunca tuve.

De aquellos olivares qué retuve?  
y de las viejas torres con almenas?  
Historias de piratas y sirenas  
y el loco mar que por las rocas sube.  
Aire puro de almendro en la pradera,  
toda mi alma verdeció en la espera  
con una nueva y áspera fragancia.  
Montes largos, bahía y atalaya,  
en la segura cueva de la infancia,  
para volver, por fin, cuando me vaya.

Y pensamos que tal como en algún pueblo, lejano existe la costumbre de conmemorar el día de la primavera con un acto distinto de la vida cotidiana, debemos lograr que cada ser se sienta ese día un nuevo ser, para que logremos hacer de cada aurora una primavera diaria, una dulce mensajera de mitos, la luz deslumbradora y mágica que nos salve de tantas sombras y restablezca tantas esperanzas hostilizadas. Para que así sea, los poetas, esos espectadores lúcidos del mundo han acertado en la voz de uno de ellos elegido al azar, para ofrecer en ese día en que la existencia parece siempre hermosa, inaccesible al acecho del dolor, esta norma ética, que por serlo es también estética, y que acaso debiera fijarse en el diáfano pórtico de la primavera del mundo como un claro mensaje de amor :

Como dentro de cada brote está contenida  
la Primavera,  
cada hombre tiene en su espíritu la manera  
de embellecer la vida.

ANGEL MAZZEI

José Bonifacio 151, Buenos Aires

